

MANUEL DE LAS CASAS

IGNACIO DE LAS CASAS

Obras y proyectos

Manuel e Ignacio de las Casas, seis construcciones en Castilla

por Antón Capitel

Tal vez para presentar algunas arquitecturas recientes de Manuel e Ignacio de las Casas (titulados en 1964 y 1971, respectivamente) convenga remontarse a la historia de unos años cuyo fruto arquitectónico no veremos hoy aquí, pero que puede ser, al menos parcialmente, consultado.¹

Al acabar la carrera Manuel de las Casas, corrían ya unos años inscritos en un entendimiento de la arquitectura (de algunos) cuya cima o modelo venía a ser el de la precisión y la elegancia de un orfebre. Nacida del contacto con el arte, situada en el interior de una iluminada abstracción, la vanguardia madrileña de entonces tuvo incluso la oportunidad de enseñar al mundo su emblema: Torres Blancas, que tantos años presidió la época y que representaba un modo de entender las cosas bien preciso.

Casas, viviendo y participando de aquel formalismo, tenía, por circunstancias personales, un interés no del todo común: la ambición de un rigor racional y, sobre todo, una creciente formación constructiva y técnica —una cierta mitificación de la técnica, incluso— presente en su obra como ingrediente fundamental y sin el que ésta no puede entenderse por completo.

Pronto, el intuicionismo y la artísticidad en que aquella vanguardia basaba la elaborada fabricación de sus productos, empezaría a ser contestada. En la Escuela se recibirá con bastante intensidad un nuevo panorama internacional que confiaba

al cientifismo, a las metodologías sofisticadas y hasta a la cibernética, la calidad del proyecto. Casas —por qué no decirlo— fue de los que tanteó aquella orientación que coincidía con el formalismo en la marginación de la disciplina, pero fue capaz también de hacerle una seria crítica y de obtener con ello un esfuerzo de su posición analítica.

Ya al friso de los años 70 (en el tiempo en que Ignacio empieza a colaborar), algunos episodios bien conocidos de la arquitectura inglesa concretarán una manera de entender el proyecto en el que el uso —y, alguna vez, el abuso— de las tecnologías y materiales sofisticados, el racionalismo exaltado como principio, la elaborada y compleja disposición espacial —acaso también conservada desde aquel origen escolar— y el entendimiento del edificio como artefacto, como objeto independiente, son algunos de los sumandos que se ordenarán según una fidelidad primordial o, si se quiere, una cita de autoridad: la admiración a Stirling. Dentro de lo construido, tal vez el ejemplo más completo, aun a pesar de su temprana fecha (1968-70), sea el Colegio de Enseñanza Media en Medina del Campo, mal publicado, y que representa un caso muy singular del panorama español. Allí, un edificio antiguo se amplía con un artefacto de hierro y cristal que no guarda con él ninguna relación, ningún contacto, si no es el escaso y estrictamente físico de la pasarela de unión, no concediendo tampoco al lugar pauta alguna.

Un proyecto de mayores matices pero hijo, en parte, de presupuestos comunes, es el más antiguo que aquí se publica. El pabellón de internado en Talavera (1975-77) huye como el colegio de Medina del contacto con el antiguo edificio, proponiendo también un puente como cauto enchufe y liberando a lo nuevo de toda servidumbre. Algunos recursos stirlinianos, manejados con indudable habilidad, son obvios. Así, sobre todo, la biblioteca, independiente como elemento que casi se incluye en el terreno y su conexión con el edificio principal, cuya cubierta es escalera para ascender a la azotea. O la forma de resolver plegados de esquinas, encuentros de muros entre sí y de éstos con el suelo, remates de cornisa, etc. La carpa propuesta para recoger actividades exteriores y la armadura de la fachada sur para situar toldos son, más que soluciones del todo reales, exageradas citas a la actitud inglesa tan admirada. En ellas —y en lo que a ellas se parece— está a mi juicio lo más indiscutible del proyecto. Pero el interior del pabellón principal (obsérvense la planta y la sección longitudinal) exhibe una actitud de racionalidad extrema y de frialdad compositiva que explica cosas distintas.

Pues si Stirling será la admiración y referencia más clara de los Casas durante algunos años, como modelo de arquitectura, como cristalización ideal de una actitud, su trabajo hay que verlo también dentro de una línea madrileña de carácter

analítico-racional que entendió la construcción como principio de la disciplina. Hay un oscuro y heredado origen en Luis Moya — difícil de comprender, claro, por tantas cosas y por la contradictoria apariencia de las imágenes —, y una línea de influencia que pasa por Alejandro de la Sota, por un cierto Cabrero, como representantes de esa escuela madrileña que buscaba en lo racional, en la tradición ingenieril, en la plástica analítica, las bases de una arquitectura no exenta, desde luego, de convicciones apriorísticas, de un matizado iluminismo.

Y si todos hemos podido observar cómo Stirling admitía la influencia de una actitud europea con sus raíces culturales y teóricas en Italia — aunque obsesivamente practicada y, sobre todo, dibujada por los hermanos Krier — que se refleja con claridad en Runcorn, así también los Casas, de forma cautelosa, integrarán lo que de aquella teoría y de aquella escuela les parezca valioso. De este modo, tal vez sea en estos últimos años — los que los proyectos aquí publicados representan — donde confluyen más coherentemente las tres influencias, donde tradición propia, arquitectura inglesa y entendimiento "razionale" alcanzan una síntesis bastante precisa.

El bloque de viviendas en Arturo Soria se integra en una actitud racional que no necesita mayor explicación. Tan sólo observar la siempre aprovechada oportunidad de huir de lo convencional: el gusto en concebir el proyecto desde la sección, aunque de viviendas se trate, proponiendo el dúplex y planteándolo matizadamente (las viviendas bajas a las que se accede desde entradas particulares en el porche, y las altas con el esquema alterado para situar arriba la planta de salón; el diseño de la cubierta ponderando el espacio y el uso de esta última planta). Y la definición formal en la que un lenguaje escueto busca la síntesis entre la construcción y la pregnancia de la imagen.

El proyecto de vivienda unifamiliar en Galapagar (pequeña casa para un carpintero) representa el interés en resolver con economía y adecuación un tema que, por su pequeñez, abundancia y situación, es pasto habitual de legalizaciones, actuaciones profesionales dudosas y tratamientos de ínfima calidad, intentando ofrecer una alternativa — casi puramente objetual — a lo que es norma común. El cierto idealismo de los Casas — o, si se quiere, su fe en el diseño — es perceptible desde esta obra, que tal vez representa tan sólo la intención de valorar, de servir para algo, a un tipo de cliente — el que se quiere hacer una casa en su pueblo — que, habiendo perdido su propia tradición, se ve además legalmente obligado a pagar al arquitecto un tributo de clase.

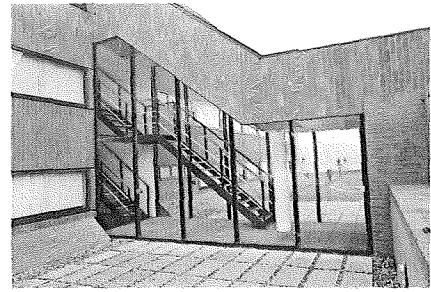
El dotarle de una lógica técnica y de organización y hasta de un mínimo interés espacial y formal es el tema.

Veámos ahora un proyecto distinto, la vivienda unifamiliar en Toledo, cuyo aspecto exterior incluye algunas referencias casi literales que pueden confundir. Un ingrediente, en apariencia nuevo, obra aquí: el interés por las edificaciones rurales, tantas veces sabias en su disposición y construcción, que, si se quiere, también está apoyado en algunas influencias (en una bien divulgada actitud americana, en la propia escuela rossiana, en una sabrosa lectura de Rykwert, incluso). Pero no sólo: también de vivir y recorrer la Mancha, de gozar sus casas, de pensar como un modo sabio y antiguo de entender la casa — la arquitectura — se olvidaba y desaparecía. Así, influencias de la cultura actual apoyaban reflexiones propias en favor de un proyecto nacido de ideas argumentales, de tal modo que lo que otras veces fue olvido del lugar se torna ahora homenaje concreto.

No quiera encontrarse, sin embargo, una versión directa, modernizada y simplificada de la casa tradicional. Admitiendo el interés que ello hubiera podido tener, aquí no hay tal. Pues la casa antigua — como cualquier otra idea modélica que para los Casas sea valiosa — es recogida en sus conceptos, filtrada mediante el análisis y transformada sin renunciar a los componentes que la arquitectura tiene para ellos.

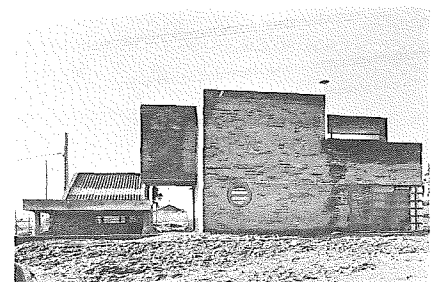
Combinado además está el recuerdo de un edificio excepcional, arquetípico, que algunos hemos tenido, si no ocasión, sí tentación de copiar: Santa María del Naranco. El sirve para ordenar las ideas, para pensar en un edificio compacto, neto, situado en el terreno sin violencia pero con suficiente contacto, para introducir en el paisaje una forma de casa habitual, de siempre, que se busca próxima a su idea pura, a su propio emblema. Si las casas rurales dividían su interior en locales específicos y hogar, zaguán o patio, para toda clase de usos, así esta casa, que del pequeño palacio del Naranco obtiene su disposición: conjunto de locales concretos forman el basamento que sirve de podio a la sala como tribuna sobre el exterior.

El resto es bastante explícito en los planos y en la memoria. Si debiera decir, sin embargo, lo que no me gusta, hablaría de una débil fidelidad: la utilización externa de recursos figurativos próximos a los de cierta arquitectura americana a la que — inevitable e inexplicablemente — parece rendirse tributo. Con ello se envuelve en un equívoco el origen de la intención — el argumento —, renunciando a mecanismos figurativos coherentes con él, propios. Tal vez, sin embargo, en la primera experiencia de una idea nueva sea la cristalización



Residencia de internas.

Vivienda en Galapagar



estilística lo más difícil de decidir, acudiendo a un "compañero de viaje" que garantice con su experiencia el itinerario emprendido.

En el proyecto de viviendas en hilera, por el contrario, organización y figuración buscan una coherencia que la construcción exhibe. Montadas —como en Pessac— sobre una planta baja de porches y usos más inconcretos, las viviendas en hilera disponen su interior principal (el de las plantas primera y segunda) con la corrección y frialdad de un razonamiento puro, de un manual. Un recurso muy contemporáneo, los dinteles corridos a lo largo de las fachadas, sirve para matizar el espacio exterior inmediato al bloque y añade intensidad a la imagen. Y si el ladrillo visto ofrecerá la lógica del arco y el tirante —permitiendo el gusto en el recuerdo premeditado de una arquitectura de albañilería—, también explica la pertinencia de un modo de ver las cosas desde la construcción y desde el análisis. (Y aún el diseño del hastial, al obtener su simple plástica desde la evidencia del desagüe, explicará más: la fidelidad a los principios del movimiento moderno que —como el de la "legibilidad", en este caso— se consideran unidos al contenido y a los recursos de la disciplina).

El conjunto de viviendas en Talavera es bien claro. Un tipo de intervención en la ciudad ya suficientemente divulgado por la arquitectura dibujada, es introducido aquí desde un encargo cuyo tamaño permite resolver el problema trasladando a la ciudad, a lo público, los "derechos" del espacio privado. El proyecto actúa en un ponderado juego de equilibrios: defender las ventajas de una edificación exenta restañando con eficacia la herida que se infringe a un tejido urbano contradictorio con la propuesta; lograr la continuidad urbana sin romper la forma compacta de la que la ciudad se compone; cuidar la composición que el conjunto —sobre todo la plaza— exige sin maltratar las cualidades propias de la casa...

Bástenos, por ahora; pues los componentes —los orígenes— del trabajo de los Casas están ya claros: la atención a las propuestas de las "vanguardias", la ponderada fidelidad al movimiento moderno, la filiación racional, analítica, del método y del entendimiento de los problemas. Contra la crisis, una equilibrada y cautelosamente ecléctica continuidad.

Pues lo que en los proyectos vemos aún, unido a ello ¿no implica la negativa a dividir la arquitectura en dos, por un lado la cultura —la arquitectura, que en el recurso a la historia y a la cita, en el recurso al arte, defiende una inútil esencia de la disciplina, pues en el dibujo encuentra su única construcción

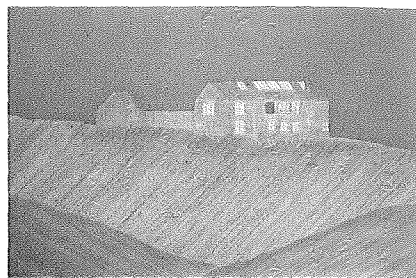
completa y en el diletante su atento y único usuario— y por otro lado la profesión —la razón, la construcción, la naturalidad, que en su vigilante y no soñada actitud produce, si no monstruos, tonterías—, intentando una síntesis dirigida, al menos en el límite, hacia los instrumentos que hagan posible la "formación de una ciudad uniforme y monótona en la que todo el mundo tuviera un albergue higiénico y cómodo"², sin que ello signifique miserables y gratuitas renunciaciones?

En arquitecturas como éstas hay, pues, probablemente sin premeditación, las bases de un cierto academicismo (que, contra lo que se ha dicho, no tiene por qué ser la esclerotización de la disciplina, sino su real riqueza), esto es, las bases de una arquitectura lógica y trasmisible, liberada de obsesiones vanguardistas y de preocupaciones inventivas, que acumule los recursos e instrumentos de la disciplina, que profundice en métodos para emplearla en ocasiones y en la forma que lo merezcan y lo necesiten.

Si existe realmente, si el empeño es vano o no, acaso el tiempo nos lo diga (aunque profetas para aventurarlo hoy no faltan).

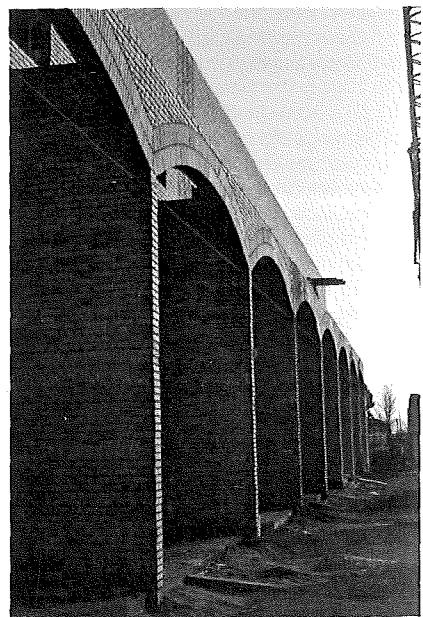
Por ahora podemos observar estas arquitecturas. Tal vez dentro de algún tiempo —si aún existe la arqueología— alguien pueda explicarnos mejor qué fue todo ello, qué significaron en realidad unos edificios poco comunes que se construían en Talavera y en Castilla al comenzar el último tercio del siglo XX.

Antón Capitel



Vivienda unifamiliar en los Cigarrales de Vistahermosa.

Viviendas en hilera en Talavera de la Reina.



Bibliografía

1. V. Arquitectura, n.º 161, mayo 1972, y Boden, abril de 1976.
2. Leopoldo Torres Balbás, *La ciudad futura*, 1920. Texto oportunamente reproducido en *Carrer de la Ciutat*, revista de Arquitectura, Barcelona, n.º 0, noviembre 1977.